

robarla, entregábanse á la orgía sangrienta, lo mismo que sus abuelos los patagones. La degollaban, bebían la sangre caliente y espumosa, líquido que según sus creencias da valor y nueva vida, y acababan por devorar la carne del animal.

A la puerta de una choza vimos de pie á dos mujeres. Estas no huyeron: antes bien, nos contemplaron con una insolencia sonriente. Eran madre é hija. Al lado de ellas estaba el padre, vestido de gaucho, sentado en un cráneo de vaca.

La madre era una india cobriza, enorme, de una obesidad blanducha é hinchada, que parecía desprenderse de los huesos, con recios telones de arrugas. Los ojos vivos y audaces, ojos de devoradora, parecían revelar el esplendor de un pasado carnal casi cercano á la hermosura. La hija aparecía rubia, escandalosamente rubia, y con ojos azules. El andamiaje óseo de su cara era indio puro: anchos pómulos, fuerte mandíbula, profundas y estrechas órbitas oculares; pero la envoltura era europea, sin la más leve sombra de sangre cobriza.

Mis ojos iban con asombro de la madre indígena, coronada de pelos negros y duros como cerdas, al padre, que parecía más joven, con la resistente frescura que opone el indio á los años, sin una cana en las obscuras guedejas, sin una arruga en sus mejillas tirantes y amarillentas. ¿De dónde habrían sacado á aquella rubia? . . . Y el padre, como si adivinase la pregunta, fijaba en mí sus ojillos oblicuos, impasibles, sin expresión, ojos de filósofo indiferente á las pompas y vanidades de la vida, mientras se golpeaba con el rebenque las botas, sucias de barro.

La hija, orgullosa de sus pelos rubios y de la blancura del rostro, todavía extremada por una gruesa capa de polvos de almidón, nos acogía con un gesto protector é impúdico. Echando atrás las manos, arqueaba al hablar el fuerte pecho, sacaba el vientre y sonreía petulante y desdenosa, como sonríe la hembra de raza inferior cuando la escasez y la soledad la hacen ser admirada por el blanco. ¡Ah, la bebedora de sangre, con su traje moderno comprado en una casa de confección, su peinado rubio de *pierrrot*, y su ancha cara enharinada! . . .

Al retirarnos hacia el pueblo, hablé con uno de mis acompañantes, hombre sesudo y prudente en sus juicios. . . ¿Quién sería el padre de aquella criatura?

— ¡Vaya usted á saberlo! . . . La madre ha tenido muchas historias, como todas las indias de aspecto medio regular. . . Tal vez algún «gringo»; algún inglés ó alemán. ¿No ve, mi amigo, su pelo y sus ojos azules? . . .

No: el color de la moza no era el blancuzco, de oro pálido, de los pueblos del Norte. Su cabellera encendida de mazorca y el azul de sus ojos, recordaba mejor el tipo rubio de la raza vasca.

— No digo lo contrario — repuso mi acompañante —. Entonces el padre tal vez sea alguno de los españoles que le han recibido á usted en la estación. . . Casi lo juraría. Sus compatriotas tienen buen diente.

IV

CLIMA, FAUNA Y FLORA

Exceptuando dos fajas de tierra, una tropical y otra subtropical, que la Argentina tiene al Norte, todo el país pertenece á la zona templada austral.

La República del Plata se extiende de Norte á Sur, ocupando 33 grados de latitud, desde el 22 al 55. Lo enorme de esta extensión basta para indicar cuán grandes han de ser en el territorio las diferencias climatéricas, sobre todo si se comparan los puntos extremos.

Sin embargo, la situación geográfica del país ejerce más influencia en el clima que sus diferencias de latitud. El Océano, que se extiende al Este, y los Andes, que se elevan al Oeste, se dejan sentir notablemente en la temperatura, así como las diversas altitudes del suelo.

Teniendo en cuenta el reparto de las lluvias sobre las diversas secciones del territorio argentino, éste puede dividirse con arreglo á

las condiciones climatéricas en tres grandes regiones: la del litoral, la del interior y la andina.

La región del litoral comprende las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. La temperatura media anual puede fijarse en estas provincias en 19 grados. En Buenos Aires es de 17, y se calcula que el termómetro va elevándose medio grado por cada grado de latitud que se avanza en dirección de Sud á Norte. La temperatura media del verano (meses de Diciembre, Enero y Febrero), es de 25 grados; la del otoño (Marzo, Abril y Mayo), de 18; la del invierno (Junio, Julio y Agosto), de 12; y la de primavera (Septiembre, Octubre y Noviembre), de 17. En el mes más cálido (Enero), el termómetro marca, como temperatura media, 26 grados, y en el más frío (Julio) unos 11. Los grados 42 y 5 marcan los dos límites extremos de la temperatura de la región del litoral. Rara vez llega la máxima á 42 grados, pues lo corriente en verano es que se mantenga en 35 de una á tres de la tarde, que son las horas de más calor.

Igualmente es muy raro que en invierno descienda la temperatura á más de 5 grados. Contadísimas veces llega el termómetro á bajo cero, y esto dura muy poco. La nieve es casi un fenómeno extraordinario en las provincias del litoral. Transcurren á veces diez ó quince años sin que sus habitantes sepan lo que es una pequeña nevada.

Como se ve, la diferencia resulta mínima entre los grados extremos de un año. Otra particularidad de este clima del litoral, que participa del clima marítimo, es el cambio rápido de la temperatura dentro de un mismo día. A veces, en el curso de veinticuatro horas, se observan diferencias de cerca de 20 grados. El otoño es la estación más uniforme, y en primavera ocurren las variaciones extremas.

Como el litoral es casi llano por completo, los vientos soplan con mucha regularidad. Las calmas son raras, y los vientos fuertes, así como las tempestades abundan durante todo el año. Entre estos vientos, los más frecuentes son los del Norte y Sur, especialmente los primeros. En Buenos Aires se observa durante el verano la sucesión regular de las brisas de mar y de tierra, la primera soplando durante el día y la segunda al llegar la noche.

Los vientos del Norte son siempre calientes, y hasta sofocantes. Su influencia sobre el



GAUCHOS PREPARÁNDOSE PARA UN RODEO DE RESES

sistema nervioso de muchas personas se manifiesta con dolores neurálgicos. Cuando soplan estos vientos la atmósfera se carga de electricidad, pero al cabo de unos días estalla una tormenta que restablece el equilibrio y acaba con el estado insoportable de la atmósfera.

Realiza esta transformación el viento Sudoeste llamado *pampero*, que en ocasiones sólo dura algunas horas y otras veces se prolonga varios días. Estos *pamperos*, que reciben tal nombre por venir de la Pampa, soplan casi siempre con la intensidad de un verdadero huracán.

A pesar de su violencia, los *pamperos* no son tan temibles en la rada de Buenos Aires como los vientos del Sudeste, que reciben el nombre de *suestadas*. Estos vientos producen fuertes mareas que molestan y hasta ponen en peligro á las embarcaciones. En cambio, los *pamperos*, que no son temibles en Buenos Aires, causan en el puerto de Montevideo un efecto tan tremendo como el de las *suestadas* en la capital argentina.

Cuando soplan los vientos Sudeste en Buenos Aires, el cielo se presenta generalmente muy sombrío, con fuertes y continuas lluvias. Las *suestadas* son frecuentes en Mayo y Octubre, meses los más peligrosos para la navegación por el río de la Plata.

Las lluvias en la región del litoral corresponden, generalmente, á las diversas latitudes geográficas de esta región. En Buenos Aires la medida media anual es de 865 milímetros; en Rosario, de 978; en Paraná, de 949, y en Corrientes de 1.440. Esta lluvia resulta suficiente; pero ocurre muchas veces, por desgracia, que la distribución es irregular, causando daños á la agricultura y la ganadería. En la distribución de las lluvias, el máximo corresponde siempre al otoño y el mínimo al invierno, aunque son frecuentes las excepciones de esta regla.

En Buenos Aires es muy raro que transcurra un mes sin lluvia; pero más al Norte, conforme se aleja uno de la ciudad, los inviernos resultan más secos y los veranos más lluviosos. Las lluvias no son débiles y prolongadas, sino cortas y torrenciales. Generalmente el año cuenta en esta región del litoral más días tranquilos, de cielo despejado, que tristes y nebulosos.

La región del interior ó mediterránea, exceptuando las partes montañosas de las provincias de Córdoba y San Luis, se distingue, comparada con la del litoral, por su gran sequedad y por un contraste más violento en sus temperaturas extremas. En las llanuras, los veranos son más cálidos y el termómetro sube á 40 grados, mientras que en el invierno abundan las heladas fuertes.

Los vientos de Norte y de Sud son todavía más frecuentes que en el litoral. Los del Norte soplan muy ardorosos, y sobre los arenales y las salinas toman el nombre de *zonda*, siendo semejantes al *simoun* del desierto africano. Aparte de esto, abundan las calmas en todas las estaciones del año. Las lluvias caen más raramente que en el litoral, y sólo son frecuentes en otoño. El invierno resulta totalmente seco.

El clima de Córdoba, que es el que caracteriza á toda la región, revela una temperatura media de 16 grados y medio, con un máximo de 38 en Diciembre y un mínimo de 8 en Junio. La lluvia es torrencial en Córdoba, pero dura muy poco. El gránizo es frecuente y la nieve muy rara.

No ocurre lo mismo en Mendoza, que se halla en el límite de la región de los Andes. Cae en ella la nieve casi todos los años en el mes de Agosto, aunque se funde en seguida. Las lluvias son menos frecuentes en Mendoza que en Córdoba, y aún resultan más raras en las provincias de San Juan, La Rioja y Catamarca. En todas estas provincias rara vez llueve durante el invierno, y la nieve es desconocida.

La parte montañosa de las provincias de Córdoba y San Luis recibe más lluvias que la parte llana. Durante el verano llueve mucho en dichas sierras, y estas aguas son las que ali-



UN ARROYO DE LA ARGENTINA SUBTROPICAL

mentan los cinco ríos designados por orden numérico: río Primero, río Segundo, etc., que nacen en sus alturas.

La provincia de Tucumán, situada al Norte de esta región, participa ya del carácter subtropical en lo que se refiere á las lluvias. El invierno es seco, pero en verano llueve mucho, especialmente en la vertiente oriental de la sierra de Aconquija, cubierta de extensos bosques.

En la región de los Andes el clima varía notablemente, según la elevación del suelo. Los cambios de temperatura son bruscos y enormes en un mismo día, y la sequedad resulta excesiva. En la vertiente argentina de los Andes y en las altiplanicies que confinan con Bolivia, no llueve jamás. Estas altiplanicies, barridas continuamente por vientos furiosos, son estériles en su mayor parte. Sólo en los valles existe alguna vegetación y pueden pastar magros rebaños. En estos parajes de enormes elevaciones, donde el aire está muy rarificado, se siente en estío un calor sofocante allí donde llega el sol, mientras que en la sombra, á pocos pasos, se experimenta la punzante sensación de un frío glacial. Los saltos de temperatura de 20 grados en el transcurso de unas horas son frecuentes.

El ilustre geógrafo Latzina, que ha escrito interesantes estudios sobre el territorio argentino, cuenta que, viajando en la parte montañosa de la provincia de Catamarca, por Anillaco y Tinogasta, notó en la atmósfera una tensión eléctrica tan extraordinaria, que los hombres y los animales eran en ciertos días verdaderas botellas de Leyde. «La franja de mi poncho de vicuña — dice el notable geógrafo — en vez de caer naturalmente en una dirección vertical, tomaba la posición horizontal, como las hojas de un electroscopo, y pasando yo la mano por las crines de mi caballo, oía el chisporroteo de las descargas eléctricas. Cerrada la noche, llegaba hasta á ver el centelleo de estas descargas.»

En los *pagos* ó distritos de esta región, según el mismo Latzina, la obesidad es desconocida, y basta que cualquiera persona gruesa, por enorme que sea su peso, vaya á habitar unos meses en los pintorescos alrededores de Anillaco, para que su volumen se contraiga considerablemente. Pero hay el inconveniente de que la repentina delgadez trae con ella una completa desfiguración del tipo físico: la epidermis se llena de arrugas, los cabellos toman la aspereza de la crin y cada año que transcurre vale por cinco, según las huellas que deja. Latzina parece persuadido de que si una familia sajona, rubia y blanca, fuera á establecerse en esta parte de los Andes, aunque se mantuviese aislada, sin mezclarse en su crecimiento y multiplicación con los naturales del país, sus nietos presentarían el tipo del indio calchaqui, bien neto y definido. Tan poderosa se muestra, en este rincón de los Andes, la influencia del clima en la transformación de las razas.

En esta región andina, la sierra de Aconquija presta un gran servicio al clima del país. Al Oeste de dichas montañas todo se halla desierto y árido á causa de la sequedad, mientras al Este, ó sea en la parte que da sobre el corazón de la Argentina, florece la vegetación más espléndida de la República, gracias á las frecuentes lluvias.

Puede afirmarse que el clima platense es eminentemente saludable, á pesar de los rápidos cambios de temperatura y la sequedad de ciertos territorios.

La mortalidad en la Argentina es escasa. Los países más sanos del globo son todos iguales á la República del Plata, y no hay ninguno que la supere en salubridad.

No existen enfermedades endémicas, y las epidémicas son muy raras. La mortalidad puede afirmarse que es menor que en Europa, y hay que añadir que el europeo alcanza en la Argentina, por regla general, una vida más larga que el hijo del país.

Los casos de longevidad son muy frecuentes, especialmente en las mujeres, que llevan

una existencia más metódica que los hombres. En las campiñas no es raro encontrar viejos casi centenarios.

En resumen, Argentina tiene un clima precioso que conviene á la salud del hombre y á la productividad del suelo. El europeo, al abandonar su tierra, marcha con predilección hacia el Plata, porque en sus riberas encuentra climas semejantes á los del viejo continente.

La gran República ofrece en algunos sitios todas las variedades termométricas, con sólo cuarenta y ocho horas de diferencia.

Yo he temblado á causa de un frío glacial en las altiplanicies argentinas de Jujuy, junto á la frontera boliviana. El cañón de mi escopeta parecía quemarme las manos al través de los recios guantes, con agudas é irresistibles punzadas. Mis miembros estaban entumecidos y casi insensibles, á pesar de su envoltura de ponchos y pieles de guanaco.

Treinta y cinco horas después, al bajar á los ingenios de Ledesma, tenía que vestirme de blanco. Sudaba y huía del sol tropical, buscando la sombra de los naranjos seculares, altas torres de follaje, por cuyas ventanas verdes asomaba la alegría primaveral sus innumerables cabecitas de oro.

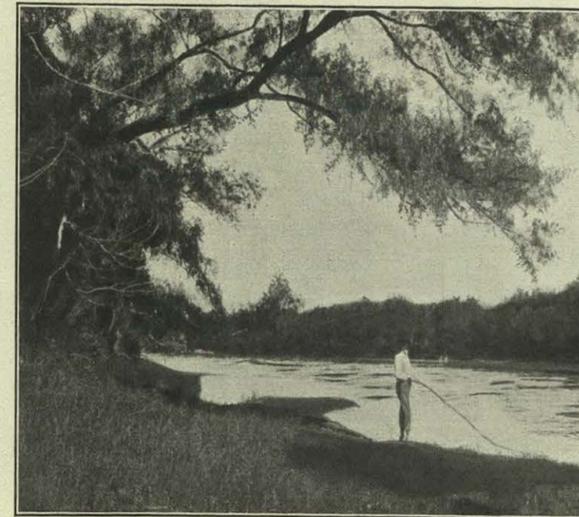
* * *

Al hablar de la raza enumeramos los animales racionales y bimanos que, procedentes de Europa ó nacidos en el país, pueblan el suelo argentino. Hablemos ahora, aunque ligeramente, del resto de la fauna, ó sea de los animales cuadrumanos, de los volátiles, anfibios y reptiles.

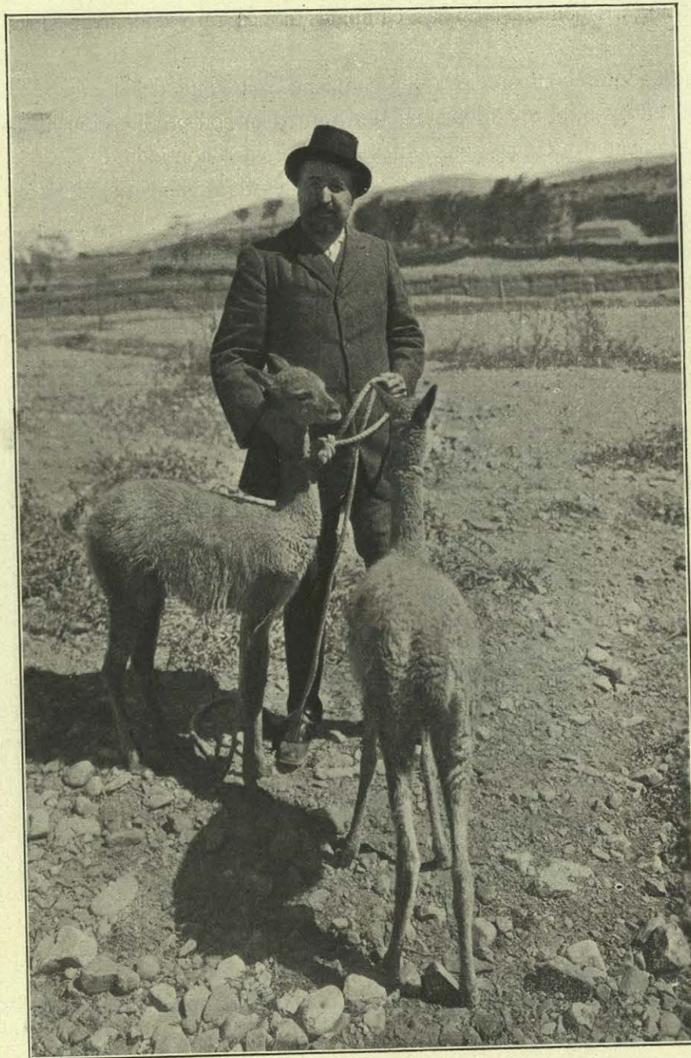
Los monos son raros en el territorio argentino: solamente se les encuentra en los bosques de la provincia de Corrientes y el territorio de Misiones, y en las fronteras de Bolivia, á orillas del Pilcomayo.

De los carnívoros hay tres especies felinas. El jaguar, que los españoles del descubrimiento llamaron tigre por su gran semejanza con esta fiera asiática, y que vive en las riberas del Paraná y el Uruguay. El puma, al que llaman león, y que es del tamaño de un perro grande, el cual habita con preferencia el Centro, el Oeste y el Sud de la República. El gato salvaje ó montés, que se encuentra en todo el país, pero principalmente en los lugares de bosque. Una variedad de este animal, llamado «gato de la Pampa», abunda bastante en la provincia de Buenos Aires y en la Patagonia. De todos estos animales, el más temible es el jaguar. En algunas provincias parece acobardado por la presencia del hombre y huye de él; pero en las selvas del Chaco hay que temerle tanto como al tigre de la India.

La familia de los perros proporciona las siguientes clases: el *aguara*, especie de lobo que vive en las orillas del Paraná y el Uruguay; el *canis entrerianus*, que habita especialmente la provincia de Entre Ríos; el *aguarachay* de los indios, que es poco más ó menos el



UN RIACHO DE LA ARGENTINA SUBTROPICAL



VICUÑAS DE LAS ALTIPLANICIES ANDINAS (PROVINCIA DE JUJUY)

del río de la Plata se encuentran lobos de mar, pero menos numerosos que en otros tiempos. La Isla de Lobos, vecina á este paraje, debe su nombre á la gran abundancia de animales de esta especie que se reunían en sus riberas cuando no eran tan perseguidos.

De los rumiantes, existen dos familias: la de los llamas y la de los ciervos. En la de los llamas figura el guanaco, que corre en pequeños rebaños por las montañas vecinas á la Cordillera, ó se esparce por las planicies de la Patagonia. El guanaco tiene el tamaño de un ciervo de Europa, y en su forma y pelaje se asemeja algo al camello, diferenciándose de él por su estatura más pequeña y por la carencia de las gibas dorsales. Casi siempre vive formando grupos de cinco á diez individuos en la Cordillera, desde el Alto Perú hasta Valdivia (Chile), y en la Patagonia llega al estrecho de Magallanes. Su carne la comen los indios y aprovechan la piel para abrigos. Su caza se efectúa casi siempre por medio del lazo con bolas. Los naturales de la Tierra del Fuego no usan otras vestiduras que las pieles de este animal.

zorro común, muy abundante en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis; y el *canis magallanicus*, conocido en Chile con el nombre de *culpen*, que vive en las provincias de Mendoza y San Juan.

El grupo de las marmotas está representado por la *chíncha* ó *zorrito*, que exhala un hedor fétido; el hurón, esparcido por todo el país, y la nutria, muy abundante en el Paraná, más conocida con el nombre de «lobito de río». Otra especie que vive en los bordes del mar lleva el nombre de «nutria platense». La comadreja abunda en todo el país, causando grandes estragos en las aves de corral.

Dos especies de osos existen en Argentina, pero son poco comunes: el *soncho* ó *coati*, que vive en las provincias del Norte y el llamado *solitario*, raro en extremo.

En la desembocadura

La alpaca es de gran importancia por lo valioso de su lana. Desde el tiempo de los Incas este animal se halla en estado de domesticidad. Los indígenas lo emplean, cuando es grande y fuerte, como bestia de carga, lo mismo que el guanaco, y además hacen diversos tejidos con su lana.

La vicuña es también del género de los llamas, pero más pequeña y de formas más delicadas que el guanaco. Su estructura ofrece líneas de gran elegancia. Vive, como la alpaca, en los valles elevados de la Cordillera. En realidad procede del Alto Perú, pero abunda en el territorio argentino, especialmente en las provincias de Jujuy y Salta. Con su lana se fabrican telas finas de gran duración.

En los bosques del Paraná, el Uruguay y el Chaco, existen ciervos de gran talla, y el gamo abunda igualmente en los citados parajes y en los bosques de Tucumán. El venado, pequeño ciervo de graciosa figura, también es común en toda la República, pero especialmente en las regiones del Este y el Sud.



PARQUE DE UNA ESTANCIA

Además, se encuentran el *pecarí* ó jabalí en el Centro y el Norte, y el *anta*, especie de tapiro, que vive al Norte en los bosques ó en los ríos.

Entre los roedores de la fauna argentina, marcó Darwin diez especies de ratones ó *lan-chas*, y de ellas hay una que se extiende por toda la República, hasta la Tierra del Fuego.

El conejo es muy común. La vizcacha, que pudiera titularse conejo de la Pampa, de enorme cabeza, constituye una verdadera calamidad para los campos, pues diezma las cosechas y altera el suelo con sus excavaciones. La «vizcacha de la sierra» habita, como lo indica su nombre, las regiones montañosas. El *carpincho*, especie de cerdo acuático, es el más grande de los roedores y abunda en las márgenes del río Paraná y las lagunas de Corrientes. Según cuentan, el tigre ó jaguar siente una especial predilección por la carne del carpincho y pasa los días en acecho, cerca de los cursos de agua, para sorprenderlo.

La liebre de la Patagonia, llamada *mara*, abunda en el Centro y el Sud de la República, y la *quiya*, titulada impropriamente nutria, está esparcida por todo el país.

El género de los *armadillos* ofrece el *mataco*, en la provincia de San Luis; el *peludo*, que es una especie abundante en toda la nación; el *quirquincho*, muy semejante al *peludo*; la *mulita*, famosa por la delicadeza de su carne, muy apreciada por los naturales, y el *pichi-ciego*, que labra habitaciones subterráneas, en la provincia de Mendoza.

Las especies de pájaros son más numerosas en la fauna argentina que las de mamíferos.